

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 489

Alicante 17 de Abril de 1880

Año XI.

LA ENCICLOPEDIA

y la enemiga contra los Jesuitas (1).

La persecucion de los jesuitas ha sido un *misterio de iniquidad*.

(Palabras de Pio VI.)

Con motivo de los sucesos de Francia, que ya conocen nuestros lectores, los Jesuitas son hoy la cuestion

(1) Este artículo no es más que un extracto de los capítulos IV y V del tomo I de las *Memorias para servir à la historia del Jacobinismo* del Abate Barruel. En estos tiempos de vapor y de electricidad, apenas hay quien se tome la molestia de leer un libro; en cambio se lee con afan lo que se presenta en forma de artículo en un periódico ó revista; hé aquí lo que nos ha movido à extractar aquellos dos capítulos, y darlos con algun ligero comentario de nuestra parte en EL SEMANARIO. Tenemos seguridad de que su lectura ha de abrir los ojos à no pocos que *tienen ojos y no ven, oidos y no oyen*.

del dia. Todos los hombres pensadores, aun los enemigos de los Jesuitas, condenan las medidas y disposiciones tiránicas que contra ellos ha dictado el gobierno republicano francés; pero no faltan *escribidores* de oficio y periódicos de segunda línea que, à falta de otros títulos, piensan conquistarse gloria declamando contra los Jesuitas. Los tales periódicos son tan pobrecitos y miopes que ni siquiera alcanzan à ver que esa moda pasó ya, y que hoy toda persona ilustrada sabe à qué atenerse sobre este particular. Sin embargo, las tales declamaciones anti-jesuiticas siempre encuentran eco en el vulgo ignorante y en el *vulgo ilustrado*; que tambien hay vulgo ilustrado y mas numeroso de lo que parece: leen en cualquiera de esos periódicos, una de tantas *paparruchas*—permítasenos la expresion—cien veces desmentidas, que se han dicho contra la compana de Jesús, y la creen como ar-

título de Fé. ¡Oh! está escrito en letras de molde!

Hay tanta preocupacion en este punto, que se hace necesario trabajar por desvanecerla: es preciso abrir los ojos á los que no ven, para que entiendan que los declamadores contra los Jesuitas son ó instrumentos ciegos é inconscientes de una mano oculta que no ven ni conocen, ó miserables calumniadores que mienten á sabiendas para extraviar la opinion pública, fautores de la conspiracion jacobina contra toda idea religiosa y todo orden social.

Al comenzar el segundo tercio del siglo pasado nació en Francia una secta hipócrita é impía, que, encubierta con el manto deslumbrador de la Filosofía, ha logrado seducir á no pocos, y ha producido un gran trastorno en las ideas, cuyo resultado han sido los grandes cataclismos que se han sucedido en las naciones desde aquella época. Dicha secta es conocida con el nombre de *Filosofismo* (1). Es la mano oculta que trabaja incesantemente en la destruccion, no sólo del cristianismo sino de toda religion positiva.

Todo el pensamiento de la secta está sintetizado en la horrible frase

(1) Los tales filósofos hicieron luego causa comun con otras sociedades secretas, como el *iluminismo* y la *francmasoneria*, y de todas resultó la secta de los *Jacobinos*, enemigos de toda idea religiosa y del orden social.

de su primer corifeo María Francisco Arouet (a) Voltaire (1): ¡*Aplastar al infame!* y el infame en labios de aquel impío era nuestro adorable Redentor Jesucristo, cuyo nombre sea bendito. No se había equivocado su maestro el jesuita Le-Jay, al decirle en cierta ocasion, cuando todavía Voltaire era estudiante de Retórica: *infeliz, tú serás el porta-estandarte de la impiedad.*

Para realizar aquel pensamiento tramóse una verdadera conjuracion: Voltaire, D'Alembert, Federico II de Prusia, Diderot eran los jefes de ella, á los cuales se agregaron otros tales como Condorcet, Helvecio, Freret, Boulanger, Dumarsais..... muy dignos de los primeros. En su correspondencia particular diéronse nombres supuestos, con los que sólo entre ellos eran mutuamente conocidos. Federico era llamado *Duluc*, D'Alembert, *Protágoras* y otras veces *Bertrand*, Diderot se llamaba *Platon* y *Tomplat*; y el nombre general de los conjurados era *Cacouac*. Es un buen *cacouac* significaba entre ellos, *es uno de los nuestros*. Tenian asimismo un lenguaje enigmático de que se valian cuando temian que pudieran ser sorprendidas sus cor-

(1) La vanidad de este *soi disant* filósofo, hizo que cambiase su apellido *Arouet* por el de *Voltaire*, que le pareció más noble, más sonoro y á propósito para ser conocido y nombrado.

respondencias; porque el secreto de la secta debia serlo en absoluto para el público, á fin de que no produjese alarma. «Los misterios de *Mitra* (decia Voltaire escribiendo á D'Alembert) no se deben publicar... Es necesario que haya cien manos invisibles que traspasen al mónstruo (el mónstruo era la religion) y que caiga bajo mil golpes redoblados.» Y en otra carta al mismo escribe: «Confundid al *infame* lo más que podais. Decid con intrepidez cuanto os dicte el corazon. Pegad, *pero ocultad la mano*. Os conocerán, porque hay hombres de penetracion y de olfato fino; pero no os podrán convencer.» Y escribiendo á Helvecio en 11 de Mayo de 1761 le decia: «El rio Nilo, segun dicen, oculta su origen; pero derrama sus aguas bienhechoras. *Haced otro tanto* y gozareis en secreto del placer de vuestro triunfo. Os recomiendo al *infame*.» ¿Háse visto hipocresía más refinada? ¡Oh, y cuántos discípulos de Voltaire hay en nuestros dias! Pero abandonemos las consideraciones que podríamos hacer y vengamos á nuestro objeto.

¿De qué medios se valieron los conjurados para llevar adelante su proyecto de destruir la Religion de Jesucristo? Voltaire habia dicho: «*Veremos si es verdad que no es posible destruir la religion cristiana,*» y para llegar ahí no perdonó medio. Nosotros sólo vamos á ocuparnos de dos de estos medios, porque

juzgamos ser hoy de grande importancia al darlos á conocer, á fin de que abran los ojos aquellos que todavía los tienen cerrados.

I.

La revolucion en el terreno práctico ó de los hechos va necesariamente precedida de la revolucion en el órden de las ideas: al soldado precede el escritor, y el incendiario no coge la tea sino despues que el publicista ha esgrimido la pluma. Esto lo sabían los conjurados, y ellos nada podían prometerse acerca de la ejecucion de su plan, si ántes no lograban trastornar y cambiar la opinion pública. Era preciso allegarse adeptos de todas las clases y condiciones sociales, y para esto se hacia necesario proceder lentamente, pero con empeño y eficacia. Federico de Prusia escribía á Voltaire que debia «*minarse á la sordina y sin estrépito el edificio, y así se desplomaria por sí mismo;* y D'Alembert para contener á Voltaire que queria caminar demasiado de prisa le escribía en 31 de Julio de 1762, «*que si el género humano se ILUSTRABA, era porque se tomaba la precaucion de ilustrarle poco á poco.*»

Hé aquí, pues, lo que inspiró el proyecto de la *Enciclopedia*, como el medio más á propósito para *ilustrar poco á poco* al género humano. El pensamiento fué de D'Alembert; Vol-

taire lo aprobó y apoyó con todas sus fuerzas, y Diderot lo hizo suyo y contribuyó con entusiasmo á su realizacion. Hé aquí el plan:

«Anuncióse la *Enciclopedia* como una compilacion completísima de todos los conocimientos humanos: Religion, Historia, Geografía, Física, Poesía, Elocuencia, Gramática, cuanto puede ser objeto de las ciencias y de las artes así útiles como liberales, todo debía entrar á formar aquel inmenso arsenal que debía equivaler y suplir á las más nutridas bibliotecas. Publicóse el *prospecto* con gran aparato científico desplegado con habilidad suma, que hizo desde luego concebir un juicio ventajoso ya de la obra ya del autor. ¿Correspondió la ejecucion á las promesas? No, porque no estaba siquiera en la mente de los autores el cumplirlas. Ellos sólo se propusieron hacer de aquella una asquerosa sentina de todos los errores, sofismas y calumnias que se habian escrito contra la Religion desde Celso y Porfirio hasta la aparicion de aquel libro. Lo que importaba grandemente era disimular este propósito, ocultando el veneno que debía propinarse en pequeñas dosis á fin de que fuese insensiblemente insinuándose en el ánimo de los lectores, sin que estos pudieran darse cuenta de ello.

Al efecto debían cooperar á la redaccion del Diccionario personas no sospechosas contra la religion. En

los artículos teológicos ó que versaran sobre puntos religiosos y dogmáticos debía ocultarse con grande artificio cualquier error, porque en dichos artículos habia esto de chocar y podría desautorizar la obra, El veneno debía esparcirse allí donde menos sospechas infundiera, en aquellos artículos en donde nadie lo buscara ni lo esperase, como por ejemplo en los de *Historia, Física, Química*.

Para neutralizar el efecto que en los lectores pudiera producir la lectura de un artículo teológico en que se combatiese el error, tenían el cuidado de poner al final una llamada ó remision á otro artículo que tuviese alguna analogía con el primero y en el que se desvirtuasen los argumentos y razones expuestas en aquel. Por ejemplo, al fin de un artículo religioso hacíase esta llamada: *véase el artículo Supersticion, véase Fanatismo*, etc. Hagamos patente esto con algunos ejemplos: Léase el artículo *Dios* de la *Enciclopedia*, y en él se hallará la *demonstracion* física y metafísica de su existencia: habría sido una imprudencia manifestar en dicho artículo la menor duda ú opinion que tuviese sabor ateo; pero al fin de este artículo hay una llamada que remite al lector al artículo *Demonstracion*, en donde sufre una amarga decepcion, pues ve desaparecer la fuerza de las pruebas, que creía incontrastables, de la

existencia de Dios. Ya el lector en esta disposicion, es remitido al artículo *Espinocismo* en el cual lee que el átomo es Dios. «*El átomo es la primera causa de todo; por él existe todo lo que existe, y tiene ser todo lo que es; es activo, existe esencialmente por sí mismo; sólo él es inalterable, eterno é inmutable.*» ¿Comprenden la táctica nuestros lectores? Pues tal era el plan de la obra, y nadie negará que respondía perfectamente á la mente de sus autores: ésta era en suma «*imprimir lo contrario de lo que pensaban sobre el cristianismo para aprovechar la ocasion de imprimir lo que se pensaba contra él.*»

Para concluir véase el juicio que se escapó al mismo Diderot en un momento de desenfado y contra su intencion, acerca de los enciclopedistas y de la enciclopedia. «*Toda esta raza detestable de trabajadores que sin saber nada se jacta de saberlo todo, solo ha aspirado á distinguirse por una universalidad impaciente, que pretendiendo tratar de todo, todo lo ha confundido, todo lo ha echado á perder, y ha hecho de este imaginario depósito de las ciencias un sumidero, ó mejor un cajon de sastre, en donde todo está mezclado, indigesto é insulso, bueno y malo, pero siempre incoherente.*»

La publicacion de la Enciclopedia hubo de encontrar, sin embargo, fuertes obstáculos, pues no faltaron personas de penetracion y fino olfa-

to, como decía Voltaire, que la denunciaron como impía y llena de errores perniciosos, habiéndose opuesto el Delfin á que se continuase su publicacion. Pero la hipocresía de D' Alembert y Voltaire logró triunfar de todos los obstáculos. Presentaron como *oscurantistas y fanáticos* á los enemigos de la Enciclopedia, y apoyados sucesivamente por los ministros D' Argenson, Choiseul y Malesherbes que les eran adictos, pudieron sostenerse á pesar de la oposicion del Delfin, del Clero y de los Escritores católicos. La Enciclopedia fué considerada como una obra necesaria en toda biblioteca: los unos la leian para buscar en ella armas contra la religion; otros, buscando sencillamente en ella la instruccion, absorbían inadvertidamente el veneno de la impiedad. A pesar de este éxito feliz, los enciclopedistas, no las tenian, como suele decirse vulgarmente, todas consigo: sabian que habia hombres celosos, llenos de ciencia y de grande autoridad que podrían hacer abortar el proyecto y destruir todo lo edificado: los Obispos y el Clero, y los institutos religiosos en primera linea, eran defensores decididos de la Iglesia; era preciso, pues, privarla de ellos.

II.

¿Cuáles fueron los medios de que

se valieron los conjurados de la impiedad para llevar á cabo el proyecto de destruir las órdenes religiosas y por qué eligieron con preferencia para blanco de sus tiros la Compañía de Jesus? Veámoslo:

En el año de 1743 Voltaire fué encargado de una comision cerca de Federico II Rey de Prusia. Desde Berlin escribió una carta, fecha 8 de Octubre de dicho año, dirigida al ministro de Francia Amelot. «En la última conferencia, dice, que tuve con S. M. prusiana, le hablé de un impreso que há seis semanas corre en Holanda, en el cual se propone el medio de pacificar el imperio, *secularizando* los principados eclesiásticos á favor del Emperador y de la Reina de Hungría. Le dije que yo desearia de todo mi corazon la ejecucion del proyecto.... El Rey me dijo haber sido él quien habia hecho imprimir el folleto; me hizo entender que no sentiría verse comprendido en las restituciones que los eclesiásticos, en conciencia, dijo, deben hacer á los Reyes; y *que él con mucho gusto hermosearía á Berlin con los bienes de la Iglesia*. Ello es cierto que quiere llegar á este término y no procurará la paz hasta que logre estas ventajas. Dejo á vuestra prudencia aprovecharos de este designio secreto que sólo á mi ha confiado.» Cuando Voltaire escribió esta carta, la córte de Luis XV se componia de ministros adictos á

la secta. El Marqués D' Argenson, Consejero de Estado y ministro de negocios extranjeros era uno de los mayores protectores de Voltaire y fué el primero en adoptar el proyecto de expoliacion de la Iglesia y el que trazó el plan para la destruccion de los institutos religiosos.

Para no alarmar los ánimos debia procederse lentamente. Se suprimirían primero los institutos menos numerosos, poniendo á la vez trabas para el ingreso en los otros. Los bienes de los institutos suprimidos debian aparecer como destinados á obras pias ó agregados á los Obispos, hasta que con el tiempo, suprimidas todas las órdenes religiosas y preparada la opinion pública pudiesen hacerse valer los derechos del Estado sobre todo lo que les habia pertenecido. Tal era el plan que quedó desde luego aceptado, si bien debia permanecer todavía algun tiempo en la cartera del ministro, hasta tanto que las cosas estuviesen bien preparadas para su ejecucion: cuarenta años despues, era todavía un secreto, el cual fué revelado por primera vez á un monje benedictino llamado Bevis por el primer ministro Maurepas que le tenia en grande aprecio por su ciencia.

Por fin el Duque de Choiseul, entusiasta protector de Voltaire y de todos los impíos y uno de tantos, creyó llegada la hora de poner en ejecucion el proyecto y plan d'Argen-

son. Algunos de los ministros y consejeros que no veían en la destrucción de las órdenes religiosas sino un manantial de riqueza para el Estado y no miraban más allá, quisieron hacer una excepción á favor de los jesuitas. Se refiere que estando Choiseul un día en conversacion con tres embajadores, uno de estos hubo de decirle: «Yo destruiria todos los institutos religiosos, esceptuando sólo á los Jesuitas, porque estos al menos son útiles para la educacion.» «Pero yo, contestó el Duque, á la hora en que pueda, sólo destruiré los Jesuitas, porque, suprimida su educacion, los demás cuerpos religiosos caerán por sí mismos.» Jamás en ménos palabras se ha hecho una apología más cumplida de la Compañía de Jesús. No creemos que los mismos jesuitas pretendan tanto honor. Sea de ello lo que quiera, las palabras del Duque de Choiseul encierran la clave de la enemiga de todos los impíos contra los jesuitas. Consideran á la Compañía como el mejor sostén de la Iglesia, y esto es todo; Nécios! Como si la Iglesia no hubiera existido muchos siglos sin los jesuitas! La Iglesia no necesita absolutamente para sostenerse de otra cosa que de la palabra de su Divino Fundador: «*Portae inferi non praevalent.*» Con órdenes religiosas ó sin ellas, con jesuitas ó sin jesuitas, la Iglesia permanecerá hasta el fin de los siglos como roca inque-

brantable contra la cual se estrellarán todos los embates de la impiedad. En su furor no ven estos impíos que ellos son los primeros en hacer el elogio de la Compañía de Jesus, al suponer que sin ella no podría subsistir la Iglesia y el Papado. Pero dejemos aparte consideraciones, y sigamos descubriendo el pensamiento y plan de los conjurados de la impiedad contra los jesuitas.

La Compañía de Jesús contaba á la sazón con unos veinte mil religiosos esparcidos por todos los países católicos. Ocupados en la instruccion y educacion de la juventud y en la predicacion, eran el mayor obstáculo á la corrupcion de aquella, á la vez que dedicados al estudio contaban con eminentes escritores que combatian sin tregua á los enemigos de la Iglesia y desenmascaraban sus errores é intenciones. Su celo por la Iglesia les mereció ser llamados por Federico de Prusia, *los guardas de corps del Papa*. ¿Quién no ve ahora muy natural y lógico que la destruccion de un instituto tal había de entrar precisamente y de un modo preferente en los planes de los impíos conjurados? Los jesuitas además tenían por enemigos á los *jansenistas*, de cuya enemiga supieron aprovecharse el Duque de Choiseul y la cortesana Madame de Pompadour, que queria vengarse del jesuita Sacy, porque rehusaba administrarla los sacramentos, si antes no se se-

paraba de la córte y daba pública reparacion de los escándalos de su vida disoluta con Luis XV. Hé aquí, pues, el secreto que aprovecharon los conjurados contra los jesuitas. Ellos eran la mano oculta que movía todos estos resortes. D'Alembert escribía á Voltaire, gozándose de antemano en su triunfo contra los jesuitas: «Destruid al *infame*, me repetís sin cesar. ¡Eh, Dios mio! dejadla (á la religion) que se desplome por sí misma: ella corre al precipicio con más prisa de lo que pensais. ¿Sabéis lo que dice Astruc? No son los Jansenistas los que matan á los Jesuitas; es la Enciclopedia, voto á tal, es la Enciclopedia. Bien podría ser, y el pícaro de Astruc es como Pasquin (1), que habla algunas veces con bastante seso. Yo que en este momento lo veo todo de color de rosa, estoy mirando desde aquí á los Jansenistas, que al año que viene tendrán una buena muerte, despues de haber muerto en este año violentamente á los jesuitas.» ¿Háse visto nunca cinismo más repugnante? Pero aún hoy más: D'Alembert se burla de los miembros del parlamento á los que considera como instrumentos ciegos de la secta. En otra de sus cartas á Voltaire se expresa en estos términos: «Los Jesuitas son al pre-

sente presa de los miembros del Parlamento, que son de parecer que la sociedad de Jesús es contraria á la sociedad humana; así como los Jesuitas creen que el órden del Parlamento no es el órden de los que piensan con rectitud: la filosofía juzgará que la sociedad de Jesús y el Parlamento ambos tienen razon.» En otra carta hablando á Voltaire acerca de la evacuacion del Colegio de los Jesuitas en Paris, titulado de San Luis el Grande, le dice: «A fé que es este un asunto muy sério, y que las clases del Parlamento no tratan á mano muerta. Ellos creen servir á la religion; pero ellos sirven á la razon, sin que se pueda dudar. *Ellos son los ejecutores de la alta justicia á favor de la filosofía, de la cual reciben las órdenes, sin que lo sepan;*» y en otra carta añadía: «parece que llega el momento en que la Filosofía se vengará de los Jesuitas. ¿Pero quién la vengará de los otros *fanáticos*? Roguemos á Dios, querido cofrade, para que la razon, en nuestros dias, alcance este triunfo.» ¡En la palabra «fanáticos» que subrayamos están todos los motivos de venganza que los pretendidos filósofos tenían contra los jesuitas! Como nuestros lectores han podido ver, de ningun crimen se les acusa, y todo su pecado por el que merecen el ódio de los sectarios, es simplemente el ser *los guardas de corps del Papa*, es decir, el ser los más celosos defensores del

(1) Estos son nombres de guerra de los conjurados.

«*infame*,» ó sea de Jesucristo y su Iglesia. Si alguna duda hubiera aún acerca de esto, la disiparía otra carta del mismo D'Alembert á su cofrade de Ferney en la cual le anuncia la próxima expulsion de los jesuitas: «Por fin, le dice, el día 6 del mes que viene (Agosto) nos veremos libres de la *canalla jesuítica*: ¿pero lo pasará mejor la razón? ¿lo pasará peor el *infame*?» Como se vé, pues, la destruccion de los jesuitas no era más que el primer paso que se queria dar para llegar á la destruccion de la religion cristiana, significada por la sacrílega expresion del *infame*. Temerario D'Alembert de que Voltaire conservara algun recuerdo de gratitud hácia los jesuitas que habian sido sus primeros maestros, se dió prisa á escribirle en los siguientes términos: «Me han dicho que los Jesuitas os causaban lástima, y que estais casi tentado á escribir en su favor, si aun fuese posible recomendar unas gentes que habeis hecho tan ridículas. Creedme, fuera flaqueza humana; permitid que la *canalla jansenista* nos deshaga de la *canalla jesuítica*, y no impidais que estas arañas se devoren las unas á las otras.»

(Se concluirá).

MOVIMIENTO CATÓLICO.

El día 7 del próximo pasado, día de Sto. Tomás de Aquino, tuvo lu-

gar en el Vaticano la solemne recepcion de los peregrinos que en nombre de las ciencias y las letras acudieron á Roma á ofrecer á los piés de Su Santidad el homenaje de sumision y respeto.

Todas las noticias recibidas convienen en asegurar que la grandiosidad del acto escedió á las esperanzas concebidas, y auguran valiosos resultados en pró de la anhelada restauracion cristiana de los estudios filósofos. España ha estado en aquel acto dignamente representada, y ocupado el puesto que le correspondia por sus tradiciones. Sabido es que nadie disputa á España la primacía tratándose de la rehabilitacion de la enseñanza escolástica. En la sesion preparatoria del palacio Altamps, pronunció un notable discurso el Profesor del seminario de Barcelona Dr. D. José Vallet.

Hablaron asimismo el P. Cornoldi, de la Compañía de Jesús, y los Sres Terreiroa y Sr. Carulla, representantes respectivamente de *El Siglo Futuro* y de *La Civilizacion*.

La mañana del día de la fiesta tuvo Misa muy solemne en el altar del Santo en la iglesia de la Minerva, oficiando en ella el cardenal Zigliara, ilustre hijo de la Orden Dominicana, con asistencia de los más insignes representantes de la ciencia escolástica venidos de todos los pueblos del globo para el homenaje que se trataba de rendir al Papa de la

famosa Encíclica *Aeterni patris*. El cual á las once de la misma tenia reunidos en la sala llamada Ducal del Vaticano á aquella escogida representacion de los principales centros científicos del mundo católico, y despues de un elocuente mensaje de Mons. Tripepi pronunció el magnífico discurso que damos á continuación:

DISCURSO DE SU SANTIDAD

á los representantes de las academias, corporaciones y colegios científicos.

Gran júbilo y gratísima impresion produce en Nos vuestra presencia, hijos queridos, distinguidos y eminentes en todos los ramos del saber, que en este dia, consagrado á la memoria del Doctor Angélico Tomas de Aquino, habeis acudido con laudable anhelo á dar testimonio de vuestra fidelidad y veneracion á esta Sede Apostólica y al Padre y Maestro de todos los cristianos.

Las palabras, tan sentidas y discretas, que ha pronunciado en vuestro nombre vuestro digno presidente, han traído tambien á Nuestro corazon grande consuelo; que Nos debemos en efecto regocijarnos y dar particulares gracias á Dios porque tan gran número de hombres eminentes consideren como una ley inviolable la union del brillo de la

ciencia con el amor por la religion, mientras, al cultivar las ciencias humanas, venerais, si cabe, con celo superior la divina autoridad de Jesucristo y de su Iglesia. Así Nos os felicitamos por vuestra prudencia y vuestra virtud, carísimos hijos, que de ese modo enseñais que la obediencia á la fé cristiana en nada afecta á la dignidad de la razon humana, sino que, por el contrario, la enaltece mucho, pues que los hombres tanto mejor comprenden la verdad y se la asimilan, cuanto más ilumina su espíritu ansioso de poseer la ciencia, la divina antorcha de la fé.

Los que niegan ó no comprenden esta verdad son muy dignos de compasion, porque yerran en una cuestion de la más alta importancia, siendo, por desgracia, numerosos aquellos á quienes vemos, ó cuidarse muy poco de las verdades reveladas, ó rechazarlas enteramente porque se imaginan que no pueden conciliarse con las afirmaciones de las ciencias humanas y de las opiniones modernas, atacando con fiereza el mismo poder que la Iglesia ha recibido de Dios, como opuesto á los derechos recientemente atribuidos á la sociedad civil, á la majestad de los príncipes y á la prosperidad de los pueblos.

Pues si se pone algun cuidado en investigar la causa de semejantes errores, se comprende que radica

en que en esta época, en que se cultivan con ardor extremado los estudios que tienen por objeto la naturaleza; las ciencias más elevadas y abstractas se ven abandonadas en la misma proporción; algunas de ellas han caído casi en el olvido; se estudian otras someramente y con negligencia, y aparte de eso, despojadas del brillo de su antigua dignidad, se quiere mancharlas, lo cual es más indigno, por perversos principios y monstruosas opiniones.

De aquí la extinción casi total en muchas inteligencias de las verdades más importantes; de aquí un daño general, no sólo para los particulares, sino también para la sociedad. Esos mismos principios de lo que se llama derecho nuevo, cuyos funestos efectos están aprendiendo por experiencia diversos Estados, se apoyan en las artificiosas mentiras de una falsa filosofía, tales, por ejemplo, como la soberanía absoluta de la razón humana, la igualdad de derechos entre el error y la verdad, la igualdad también de todas las religiones, la libertad desenfrenada, ó más bien la licencia para atreverse á todo, ya del pensamiento, ya de los actos, reclamada de un modo absoluto para todo hombre.

Por lo cual, en medio de perturbación tan grande en las inteligencias y de semejante confusión en las cosas, hállese el remedio más oportuno en una filosofía sólida y sana,

prudente y esmeradamente cultivada. Ella, en efecto, aparece como la más adecuada y eficaz para repeler los errores engendrados por la insensata filosofía de nuestra época, y para afianzar, además, los fundamentos del orden, de equidad y de justicia, de los que penden la tranquilidad de los Estados, la salvación de los pueblos y la civilización verdadera.

Nos hemos hablado ámpliamente, como lo sabéis, de la necesidad señalada de restaurar la verdadera filosofía en las Cartas Encíclicas que Nos dirigimos el año anterior á todos los obispos del mundo; enseñamos y demostramos plenamente que la mejor filosofía que puede seguirse es aquella inmortal que nos ha dado por su genio y trabajo Santo Tomás de Aquino, tesoro de la antigua sabiduría, que tanta reputación y renombre valió en las edades pasadas á cuantos la cultivaron, y que constituía la gloria de los grandes colegios de Europa y contribuía al progreso de todas las ciencias. Sólo que al ver que Nos queríamos honrar la doctrina de Santo Tomás y de los Escolásticos, se ha dicho que Nos pretendíamos volver á los hombres á la civilización de los siglos pasados, cuando lo que hacemos es proponer un modelo en el cual todo lo que puede la virtud y lo que puede la ciencia brilla con vivos fulgores en la persona de un hombre ver-

sado en todas las ciencias humanas y divinas, á quien tantos siglos han honrado, celebrado, por los elogios de la Iglesia y de los Pontífices romanos, y con los mismos espíritus angélicos comparado. Y es útil y no pernicioso el proponer á la imitacion de aquellos que cultivan las letras y las artes á los maestros y artistas antiguos que han sobresalido en ramos diversos.

Y por esto, hijos queridos, puesto que en este dia solemne esperais enseñanzas de Nos, aceptad las que compendiosamente vamos á daros; pues que, sin ser nuevas, tienen grande importancia y oportunidad.

En primer lugar, puesto que la filosofía debe mucho á la fe cristiana, debe acudir en auxilio de ésta cuando le sea dado. La fe nunca ha sido, nunca podrá ser enemiga de la filosofía, porque Dios, autor y creador de la fe y de la razon, de tal suerte las ha coordinado, que hay entre ellas lazos de union, y en cierto modo de parentesco. Y hé aquí por qué la Iglesia ha reivindicado el primer puesto siempre al tratarse de mantener y favorecer el estudio de las ciencias.

Pues esta perfecta concordia de la fe y de la inteligencia, en ninguna parte aparece como en las obras escritas por el Príncipe de los filósofos, Tomás de Aquino. Esforzaos, por tanto, en aumentar cada dia el número de las inteligencias que siguen la

doctrina de tal Maestro, y en el estudio de esa doctrina adoptad como regla el sentido que resalta de la propiedad y claridad admirables de los términos, y no el que una opinion preconcebida y diferente de la opinion comun y aprobada pudiera sugerirnos.

En fin, y siguiendo tambien en esto el ejemplo de Santo Tomás, dedicaos con ardor al estudio de las ciencias que tienen por objeto la naturaleza, materia en que los hábiles descubrimientos y las experiencias de nuestra época producen la justa admiracion de los contemporáneos y serán objeto perpétuo de los elogios de la posteridad.

Pero guardaos mucho, al cultivar esas ciencias, de imitar á los que abusan criminalmente de los nuevos descubrimientos para atacar lo mismo las verdades reveladas que filosóficas, y dad más bien gracias á la Divina Providencia, que se ha dignado reservar á los hombres de nuestra época la gloria, y, por decirlo así, el privilegio de enriquecer en gran número de materias y por su industria el patrimonio de las cosas útiles legadas por los antepasados.

Grabad profundamente en vuestros corazones y conservad religiosamente estos consejos, que la ocasion Nos ha inducido á dirigirlos. Ya sabeis, queridos hijos, que todos los obispos del mundo católico han manifestado, puede decirse que con

una voz, que en la cuestion de que hablamos secundarian, como es costumbre hacerlo, todas nuestras intenciones por la voluntad y por los actos; y si vuestra actividad y vuestra abnegacion responden á su celo y á sus cuidados, Nos tenemos la segura esperanza de que esta restauracion de los estudios que Nos hemos propuesto llegará á ser poderoso elemento de salvacion para los pueblos y de tranquilidad para la Iglesia.

¡Pueda ayudaros, para la feliz realizacion de esta empresa, el celestial socorro del Doctor Angélico, á quien, en conformidad con vuestros deseos, Nos nos proponemos designar solemnemente como patrono de todos los institutos católicos de ciencias y de artes!

¡Pueda, en fin, acrecentar vuestras fuerzas y vuestro ardor la benediction apostólica, que del fondo del corazon Nos os concedemos á vosotros, hombres eminentes, á los colegios, á las academias, á los seminarios, y á todos aquellos en cuyo nombre os habeis presentado ante Nuestro Sólido Pontificio!

Benedictio, etc.

MOSÁICO.

FRANCIA Y LOS JESUITAS.

Ya conocen nuestros lectores los tiránicos y desatentados decretos del

gobierno republicano francés contra los jesuitas y las otras órdenes religiosas, y tambien dijimos algo acerca del movimiento á su favor que habian provocado aquellas inícuas y torpes disposiciones. Seguramente que aquellos decretos han de hacer, contra la intencion de sus autores, más favor que daño á la Compañía de Jesús; segun aquello del Espiritu-Santo: *«omnia cooperantur in bonum his qui vocati sunt sancti.»* Despues de todo hemos de ver, como los tales tiranuelos franceses no han hecho otra cosa que cooperar, sin quererlo, á que se cumpla el lema de los jesuitas: *ad majorem Dei gloriam.*

En efecto, ante la conducta inculpable del gobierno de la república francesa, háse despertado el sentimiento católico del pueblo francés; y en todos los departamentos se levantan tan protestas enérgicas y elocuentes en nombre de la religion y de la dignidad de Francia contra los decretos del 29 de Marzo. Muchos consejos generales (diputaciones provinciales) han protestado tambien contra tan inícuas disposiciones, y entre otros merece ser conocido el acuerdo tomado por el de la Vendee, el cual, despues de esponer varios *considerandos* encaminados á demostrar la ilegalidad é inconveniencia de los tales decretos; *«vota: que los decretos de 29 de Marzo de 1880, se devuelvan á la administracion que los*

ha dictado (1). (Siguen las firmas.) Otra de las protestas notables dirigidas al Senado contra los mencionados decretos es la de los católicos del departamento de Lille, en donde además ha tenido lugar una manifestación imponente á favor de los Jesuitas que tienen allí un Colegio. Hé aquí como refiere un periódico dicha manifestación:

«Mas de un millar de personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad se reunieron en la iglesia del Sagrado Corazón, dirigiéndose al Colegio de los Jesuitas. Al abrirse las puertas, las mil personas penetraron en la sala de visitas, donde fueron acogidos con vítores el Padre Rector y los demás profesores. Entónces adelantóse el presidente del tribunal de comercio, y con voz conmovida pronunció un magnífico discurso, del que tomamos el siguiente párrafo:

«Hemos querido manifestar á los religiosos franceses nuestro cariño y nuestra adhesión inquebrantable; y puesto que en la campaña que acaba de abrirse, los enemigos de la Iglesia han concedido el puesto de honor á la Compañía de Jesús, á ella nos dirigimos, mi Rdo. Padre,

(1) Han protestado además los Consejos de Taru, Taru y Garonne, Loire inferior, Cotes del Norte, Pas de Calais, Finisterre, Landes, Morbihan, Vancluse, Basses Pyrenées, Dordogne, Haute Garonne, Indre.

para deciros solemnemente: contad con todos los católicos del Norte; contad con todos los católicos de Francia, porque jamás os abandonarán, porque forman el ejército, cuya vanguardia componeis vosotros. El enemigo nos ataca; resistid enérgicamente, que aquí estamos nosotros para defenderos.»

No es esto solo. Los decretos de 29 de Marzo, además de inicuos y tiránicos, son arteros y maliciosos; pues tienden á sembrar la discordia entre los diferentes institutos religiosos y entre estos y el clero secular.

Mas hé aquí que los representantes de las órdenes religiosas se reúnen en la calle de Gerard, casa del Sr. Keller, bajo la presidencia del P. Pétetot, superior del Oratorio y se acuerda por unanimidad, que ninguna de las congregaciones sometidas á las disposiciones arbitrarias del gobierno presente sus estatutos ni solicite autorización. Con este acuerdo quedan burlados los planes de producir división entre las órdenes religiosas, y de armarse contra los unos con lo que hicieran los otros.

Los Prelados franceses por su parte, han dado también el gran mentís á las falsedades que se han hecho propalar un día y otro acerca de su conducta en el presente conflicto. Léjos de abandonar á las congregaciones religiosas y á los jesuitas á la suerte que les ha reservado el Go-

bierno de Freycinet y Ferry, levantan su voz con energía y elocuencia, para protestar contra la iniquidad que se quiere llevar á cabo. Hé aquí algunos párrafos de la carta dirigida á Grevy por el Arzobispo de Rouen:

«En este siglo se piden luces, y los jesuitas se consagran á esta obra laboriosa, y con frecuencia ingrata. Abren colegios, y la experiencia justifica su enseñanza; las familias les confían libremente sus hijos; todos los años el Gobierno tiene que hacer constar los triunfos que logran; y todos los años, de los colegios de los jesuitas entran en la sociedad miles de jóvenes habituados al respeto, penetrados de sus deberes cívicos, apasionados de su pátria, á la que sirven en todas las carreras.

Y ¿cómo se les recompensa? Se les recompensa cerrando sus colegios, tan queridos de los padres y madres de familia, en virtud de leyes explícitas y más explícitamente derogadas.

Y lo que decimos de los jesuitas, lo decimos igualmente de los dominicos, de los maristas, de todas las congregaciones que tienen abiertos colegios, sin que podamos olvidar á las grandes familias patriarcales de San Benito, San Francisco de Asís, San Bernardo, San Bruno, á los carmelitas, trapenses, capuchinos, trinitarios y tantos otros cuyas vidas están consagradas al estudio, á la pre-

dicación, al alivio de las miserias sociales, á trabajos agrícolas y científicos.»

El ilustre cardenal añade que en las medidas del Gobierno se ataca y se mutila á la Iglesia; que en ellas se encierra una *grandísima iniquidad*, de funestas é ineludibles consecuencias para el país más aún que para la religión.

El Sr. Arzobispo de Tours y los señores Obispos de Angers (á este sapientísimo prelado presentó *El Liberal* días pasados como contrario á los jesuitas), el de Mans, el de Nantes y el de Laval, no están ni menos expresivos respecto de las órdenes religiosas, ni menos enérgicos en cuanto á condenar las medidas del Gobierno.

Nada más contrario á la verdad de las cosas, dicen, que la suposición de que las congregaciones constituyen un clero aparte y apartado de nosotros.

Esos sacerdotes, que se glorían de ser nuestros auxiliares, se hallan en nuestras diócesis, porque nosotros los hemos llamado, y nuestros derechos y los intereses religiosos que nos están confiados se trastornarían grandemente si los decretos se ejecutasen... Y esos proyectos se agravan por el que se refiere de un modo especial á la Compañía de Jesus... Los hechos desmienten el aserto de que el sentimiento nacional se ha pronunciado siempre contra los jesuitas.

¿Cómo se hubiera podido pronunciar contra una Compañía ilustre que ha sido desde su origen la privilegiada por nuestros grandes reyes Enrique IV y Luis XIV, que ha tenido por discípulos al gran Conde, Bossuet, Descartes, Corneville, Buffon... cuyo catálogo de los oradores, escritores y sabios brilla en todas las páginas de nuestra historia nacional?

Y ¿cómo se puede decir eso refiriéndose á hoy, cuando los pueblos se estrechan al lado de sus púlpitos y cátedras; cuando, donde quiera que abren un colegio, la confianza y el afecto de las familias lo llena en seguida; cuando tantos testimonios tangibles se presentan de la estimación, gratitud y veneración que inspiran?

El clero secular se ve herido por las leyes que hoy se quieren aplicar, y nadie puede admirarse de que no separemos nuestra causa de la de las congregaciones, reinando como reina entre ellas y nosotros la perfecta mancomunidad de ideas y sentimientos de los que profesan la misma doctrina y trabajan en la misma obra, la gloria de Dios y la salvación de las almas.»

Aparte de esto, los ilustres preladados señalan con gran copia de datos y razones la vaguedad de los decretos y piden su derogación por el bien del país.

Basta, pues, de mentiras; las protestas del Episcopado acaban con to-

das las invenciones de los revolucionarios acerca del espíritu del clero secular, como las de las capitales y pueblos de importancia de todos los departamentos demuestran que el fondo de la revolución, su deseo supremo es el de concluir con la religión católica (contra la cual no prevalecerán las puertas del Infierno), aún cuando para ello tenga que concluir con los pueblos y con la sociedad.

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la Colegial, á las ocho, y en Santa María, á las nueve, misa de renovación.

En las Agustinas, á las cuatro y media de la tarde, ejercicio de la Felicitación Sabatina á la Inmaculada Concepción de María Santísima.

Domingo.—En la Colegial á las ocho y en San Francisco á las siete. misa de primera comunión de niños. Por la tarde en la Colegial, á las cuatro, Misada de Ntra. Sra. del Remedio, con sermón.

Lunes.—En las Agustinas á las ocho, comunión general de las Josefinas, y por la tarde, á las cinco, el ejercicio del 19 de San José.

Martes.—En las Agustinas, á las cuatro y media de la tarde, Trisagio con exposición de S. D. M.

Jueves.—En las Capuchinas, á la misma hora, iguales ejercicios.